

Encuentro nacional de la Orden Franciscana Seglar

A LA ESCUCHA DE LA EVANGELII GAUDIUM: LAICOS EN SALIDA MISIONERA.

Camino Cañón Loyes
Presidenta del Foro de Laicos

0. A qué mundo salimos

Salimos a un mundo donde la observación directa nos habla de sociedad plural: diversidad de procedencias, de religiones, de culturas, de razas. También, a nuestro alrededor tenemos personas que padecen el paro, dificultades económicas, crisis familiares. Las noticias nos acercan a menudo casos de violencia de género y otros tipos de violencia: entre nosotros, violencia en las calles, y en muchos países, violencia destructiva que va dejando muertos y refugiados.

Y junto a todo ello, signos de la vida que nace, que se abre camino con gestos generosos, con avances en las ciencias biomédicas, con el trabajo silencioso de tanta gente que gracias a que cumple bien su trabajo hace que podamos vivir en paz, que nuestros niños reciban formación en las aulas y nuestros mayores y enfermos cuidados especiales.

Esto es lo que tenemos a primera vista. Y acerca de ello podemos hacernos muchas preguntas, podemos reflexionar y acercarnos a un retrato del mundo al que salimos hecho con trazos más abstractos, pero que pueden ayudarnos a comprender algunas cosas que nos suceden como sociedad, y particularmente como cristianos en nuestra sociedad aquí y ahora.

Hubo un tiempo en el que las mujeres y los hombres se vivían como un "sujetos porosos", entendiéndose por ello que las fuentes de sus emociones más fuertes y más poderosas se encontraban fuera del espíritu humano, venían de fuentes sobrenaturales y en última instancia de Dios. Era la época que hemos llamado premoderna, en la cual el orden del universo se atribuía a fuerzas sagradas. Era lo que se ha venido llamando un "mundo encantado".

La ciencia provocó el "desencantamiento" de ese mundo ofreciendo explicaciones para las enfermedades, las tormentas, etc. Y, por otra parte, el desarrollo de la tecnología

favoreció los movimientos migratorios del campo a la ciudad y ahora de los países con menos desarrollo a los países que gozan de mejores condiciones de vida. El *hombre poroso*, vulnerable a los espíritus, los demonios, las fuerzas cósmicas, va dejando paso al *yo aislado*, que pretende construir el sentido de su vida desde dentro de sí mismo, desde las explicaciones que las diversas ciencias le proporcionan. El paso de un yo a otro permite explicar sobre todo porque la fe no es ya en nuestra sociedad una cuestión de colectividad sino una acción individual. No es una cuestión de pertenencia de manera que uno nace cristiano del mismo modo que nace aragonés, murciano o extremeño. Uno se hace cristiano porque decide serlo, y para ello se escribe a una comunidad de fe en la que ese *yo aislado* empieza a dejar de serlo, pero no para volver al *hombre poroso* del universo encantado, sino para construir el sentido del hacer y del vivir compartiendo con otros, haciendo comunidad con ellos, viviendo en comunión con la tradición de fe que, a lo largo de la historia, ha ido reformulando las expresiones que expresan sus creencias, los modos de celebrar sus ritos, la articulación de los niveles de conciencia ética logrados.

Por otra parte, en nuestra sociedad predominan los individuos, los *yo aislados*, en la que los vínculos entre ellos son muy débiles, se rompen con facilidad. Lo vemos en la familia, lo propician las relaciones virtuales. A menudo también las olas de solidaridad que se producen ante una catástrofe o ante determinados acontecimientos, están asentadas en el puro sentimiento y desaparecen como flores de un día, no generan compromisos estables o movimientos de solidaridad más allá de los momentos puntuales en que sucedieron los hechos.

Y es un hecho que, en nuestra sociedad, hay personas que viven al modo de ese *yo aislado*, pero que buscando experimentar la dimensión espiritual humana como algo digno de ser cultivado. Para ello cultivan niveles de silencio y tipos de emociones y sentimientos que llevan a ahondar en una interioridad, interpretable desde distintas tradiciones religiosas como apertura al Absoluto o a Dios. Sin embargo, no es propio de este cultivo de la interioridad, hecho bien de modo individual, bien participando en convocatorias que ofrecen técnicas especiales, la creación de vínculos morales y estables entre quienes participan, más allá puramente afectivos que puedan surgir.

1. Cómo aparecen los laicos

El tema de los laicos está tratado dentro del gran marco de la Iglesia entendida como la totalidad del pueblo de Dios que evangeliza, de manera que, tanto las motivaciones para evangelizar, las actitudes y el modo de evangelizar que propone, como los contenidos de la

evangelización que subraya, son aplicables a los laicos.

Así pues, diríamos que el punto de arranque es situarnos en una Iglesia que se entiende a sí misma "en salida misionera", una Iglesia que quiere llegar a las "periferias humanas", sean éstas de carácter social, económico, o sean los límites mismos del conocimiento o las tensiones de vivir la fe en contextos hostiles.

Hay sin embargo algunos puntos dedicados expresamente a los laicos en cuanto tales; los números 102 al 104, situados al final del capítulo segundo bajo el epígrafe OTROS DESAFÍOS ECLESIALES, tratan de los laicos en general y de las mujeres en particular, como un sector del laicado para el que solicita especial atención. Los puntos sobre la familia y sobre los jóvenes también, en sentido preciso, hablan del laicado. Así pues, veamos brevemente, y en primer lugar, el contenido de estos puntos.

El Papa reconoce que "ha crecido la conciencia de la identidad los laicos en la Iglesia" (102). Pero la toma de conciencia de la responsabilidad laical, es desigual según los lugares. Las carencias las atribuye el Papa a varias causas: a la falta de formación para asumir responsabilidades importantes, a un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones, lo que hace que no sea fácil encontrar espacio en las iglesias particulares para expresarse y actuar (cfr.102).

Y de nuevo, en este breve análisis de causas, el Papa nos deja abiertas tareas y responsabilidades importantes para corregir las causas mencionadas. En primer lugar, la responsabilidad de tomar en peso su propia formación, haciendo uso de los medios de formación existentes o propiciando nuevos recursos. La formación en los contenidos de la fe cristiana y los diversos modos de expresarse estos, según las culturas y los tiempos. Y no se le escapa al Papa, en este capítulo de la formación, calificar de **desafío pastoral importante** la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales.

Quiero detenerme un momento ante esta llamada del Papa. Dentro de la mayoría que en la Iglesia somos los laicos, el porcentaje más alto de entre ellos somos adultos, y muchos estamos todavía en etapas de actividad profesional. Para los "mayores" y los niños, el Papa Francisco tiene mensajes bellísimos, y no son menos bellos y exigentes los que ofrece a la juventud. Pero ahora nos detenemos en los laicos que formamos parte de grupos profesionales e intelectuales en nuestra sociedad.

Hay aquí una doble perspectiva. Por un lado y con un fuerte subrayado, está el ejercicio de la profesión con un compromiso ético que solemos entender como una *ética de*

máximos, y también con un modo de relacionarse que corresponde a lo que trataremos más abajo: una espiritualidad vivida con pasión.

Pero también hay otra perspectiva la que corresponde a una colaboración estrecha entre los laicos que son profesionales e intelectuales, según los casos, los sacerdotes y religiosos y las organizaciones laicales en cuanto tal o aquellas utilidades de carácter civil promovidas por cristianos con finalidades de promoción de la igualdad o los derechos humanos. Me refiero a la búsqueda conjunta y al apoyo mutuo que impulse a buscar cómo plantear en el presente las relaciones entre la cultura, la ciencia, la tecnología y la fe cristiana. En todas estas cuestiones, la iniciativa la puede tener cualquiera de los sujetos personales o sociales que he mencionado, pero insistiría en que es un campo compartido en el que la actuación de todos, aunque diferente ha de ser convergente y de mutuo reconocimiento.

Una palabra especial para esa gran mayoría laical integrada por mujeres, ya que para ellas no se contempla el acceso a los ministerios ordenados. El Papa Francisco repite en varios lugares y de distintas maneras "la necesidad de ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia "(103). Reconoce que el genio femenino es necesario en todas las expresiones de la vida social, y que por ello es preciso garantizar la presencia de mujeres tanto en el ámbito laboral como en los diversos lugares donde se toman decisiones importantes, sea en la Iglesia sea en la sociedad civil (cfr. *Ibidem*).

Os invito a mirar las cosas desde el ángulo con el inicié esta intervención, el de transformar las relaciones en las estructuras sociales, no sólo incidiendo directamente en ellas, que por supuesto, sino también generando en el interior de la propia Iglesia unas relaciones, unos comportamientos y unas actitudes que puedan ser espejo para la sociedad civil. Y hay que reconocer con humildad, que en el caso de la mujer hay contextos de la sociedad civil donde la igual dignidad con el hombre está mejor reconocida que en el interior de la propia Iglesia. Y al decir esto, me estoy refiriendo también al interior de las familias cristianas, de las instituciones católicas, de las asociaciones y entidades católicas, etc. es decir, tenemos mucho que hacer, mucho que transformar, mucho que convertir.

A los desafíos importantes mencionados por el Papa, quiero añadir uno que me llamó especialmente la atención. Dice en el inicio del número 102: "Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados." Podría decirse que es una mera constatación, y por tanto, podríamos no detenernos en ella. Pero también cabe leerlo desde otra perspectiva, la que se infiere del

epígrafe bajo el que se coloca el texto: ver como gran desafío eclesial el servicio que los ministros ordenados deben a los fieles laicos, lo que lleva a preguntarse en qué consiste ese servicio en la Iglesia de hoy.

Este aspecto quizás no llamaría la atención de no ser porque en el n°104, al hablar de las "reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad" dice que esto "plantea a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente". Se refiere el Papa al peligro de "identificar demasiado la potestad sacramental con el poder". Y el matiza con toda claridad: "nos encontramos en el ámbito de la *función*, no de la *dignidad* y de la *santidad*" (Juan Pablo II, Exhortación *Christifideles laici*, 51). Sigue precisando que en la Iglesia las funciones "no da lugar a la superioridad de los unos sobre los otros" (Ibidem51), pues su clave y suerte no son el poder entendido como dominio, sino la potestad de administrar el sacramento de la Eucaristía; de aquí deriva su autoridad, que es siempre un servicio al pueblo."

Y el Papa remite el desafío hacia los pastores y los teólogos pidiéndoles que "ayuden a reconocer mejor lo que esto implica con respecto al posible lugar de la mujer allí donde se toman decisiones importantes, en los distintos ámbitos de la Iglesia". La invitación expresa a pastores y teólogos indica que la cuestión requiere estudio y discernimiento, y a ello invita. Pero los laicos, además de los que sean por profesión teólogos y teólogas, podemos situarnos como quien tiene la oportunidad de colaborar activamente en una cuestión tan decisiva. Porque entre otras cosas, lo que se diga para las mujeres será también válido para los varones laicos.

2. *La contribución de los laicos a un nuevo modo de vivir la relación servicio/poder*

Entiendo que una de las líneas eje de este documento del Papa Francisco es la de presentar una Iglesia que sea verdadero sacramento para el mundo de hoy. Esto pasa por mantener el contacto con la realidad de la gente que sufre no sólo carencias, sino también humillaciones y que vive en situaciones de necesidad provocadas muchas veces por el afán de poder y de tener de algunos. Pasa por abrir ventanas para que tomemos gusto al aire puro del Espíritu Santo que nos saca de la mundanidad asfixiante en la que estamos sumidos al centrarnos en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios y sumergida muchas veces en lo que él mismo llamó Lampedusa y ha vuelto denominar en la EG la "globalización de la indiferencia". Nos alerta de caer en la tentación

de ese modo de ser mundanos "que mira desde arriba y de lejos, que rechaza la profecía de los hermanos, descalifica a quien lo cuestione, destaca constantemente los errores ajenos y se obsesiona por la apariencia." ¡No nos dejemos robar el Evangelio! (97)

Y esto es un programa para todos los miembros de la Iglesia, laicos y ministros ordenados estamos llamados a la construcción de una relaciones en la Iglesia que muestren como no tiene cabida en ella "la mundanidad espiritual que lleva a unos a estar en guerra contra otros que se interponen en su búsqueda del poder, de prestigio, de placer o de seguridad económica". (cfr. 98) Estamos también llamados a generar una "comunidad que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales" (67). Estamos llamados a ofrecer una propuesta que reconoce al otro, que sana las heridas, que construye puentes y estrecha lazos, que nos ayuda a llevar mutuamente las cargas.

Se nos invita también a crear y a participar en formas de asociación, hay muchas, para la defensa de los derechos y para la construcción del desarrollo social y cultural (cfr. 67).

He querido extenderme en estas descripciones utilizando palabras del propio Papa Francisco para así atraer nuestra atención hacia la invitación que nos hace de ir a la raíz de nuestras actitudes más profundas, y de nuestros comportamientos dentro y fuera de la comunidad eclesial.

En la sociedad a la que pertenecemos, los estilos de vida son plurales y las relaciones están guiadas, a menudo, por el poder y el interés económico. Y es ahí donde los cristianos tenemos una buena noticia que ofrecer, no como francotiradores, sino como miembros de una comunidad que hace visible otros modos de relacionarse, de cuidarse, de vivir la justicia, el ocio o de ejercer la profesión.

Buscamos vivir según el Evangelio de Jesús entendiendo que esa forma de vida es la que queremos ofrecer a nuestras sociedades como un camino que siendo de servicio y asumiendo el sufrimiento, conduce a la felicidad.

La familia en particular está necesitada de una especial atención. Y esa atención no corresponde sólo ni primariamente al cuidado pastoral de los sacerdotes, sino a los integrantes de la propia familia y a los agentes pastorales que viven desde dentro las dificultades y los gozos de las familias. La familia atraviesa una crisis cultural profunda (66), en la que la fragilidad de los vínculos es causa de muchas de las situaciones de fragilidad psíquica de personas y de relaciones poco sanas en el interior de grupos de amistad o profesionales. Es tarea de los laicos que integran la familia el hacer creíble que es

posible una entrega total, una donación en gratuidad, un perdón que abre un nuevo tiempo entre quien perdona y es perdonado. Es también tarea, y no pequeña, de los laicos que integran la familia el generar las condiciones para que los roles que se vivan en ella no humillen a ninguno, afirmen la igualdad de todos a la vez y que den cabida a las diferencias de los miembros que la integran.

La Iglesia es familia, es una gran familia, en la que los lazos que dejemos entre todos reflejan lo vivido en la pequeña familia: la misma dignidad todos, distintas funciones y la misma misión recibida del señor Jesús: anunciar el Evangelio y llevar el gozo de la buena noticia a todas las gentes, también a la propia comunidad eclesial. Nuestras asociaciones, la vuestra, tiene un modo propio de hacer presente el gozo del Evangelio, el modo de Francisco y de Clara, el modo como, en vuestra propia tradición, habéis dado sentido a gestos o a modos de servir.

Llegados está aquí, querría detenerme lo que constituye la última parte de la exhortación del Papa Francisco: *evangelizadores con espíritu*, y compartir con vosotros algunas reflexiones sobre la espiritualidad laical que le envió a la misión de evangelizar reclama de nosotros.

3. *Evangelizadores con espíritu*

"Evangelizadores con espíritu, quiere decir, evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo." (259) "Quiere decir, evangelizadores que oran y trabajan". (262)

Hablar de espiritualidad es utilizar un término que hoy tiene muchas significaciones. La convivencia de una gran variedad de espiritualidades lo reconocemos como una característica de nuestro momento cultural. Hoy se nos ofrecen posibilidades diversas como realización del ideal de vida al que aspiramos para responder al enigma de nuestra existencia y a nuestros anhelos más profundos. Por una parte, el pluralismo religioso derivado de la globalización y del acceso a la conciencia planetaria; por otra, por la extensión de espiritualidades laicas que disputan a las religiones la función de ofertas de felicidad y donación de sentido.

De algún modo valdrían aquí aquellas palabras de uno de los personajes de *La peste*, a quien A. Camus hacía decir: "El problema de nuestro tiempo es sí se puede ser santo sin Dios". Y este problema dicen tenerlo resuelto algunos filósofos (Sponville, por ejemplo), no pocos científicos (cfr. los Cuatro Jinetes del Nuevo Ateísmo), algunos movimientos como New Age, algunos humanistas como los que proponen una espiritualidad como autorrealización, propia de un humanismo laico, o aquella de la que habla, la socióloga de la

religión, la profesora francesa Daniele Hervieu-Léger, que con la expresión “cristianismo humanista”, caracteriza un tipo de jóvenes que remiten solo remotamente a la tradición cristiana, sin pasar por la pertenencia a la comunidad.

Espiritualidad supone, para el creyente, la necesidad de un conocimiento experiencial, vital de Dios, es vivirse en una relación en la que te diriges a Dios como un «tú», y te mantiene a la escucha para entender, de alguna manera, que tu vida se ilumina en ese encuentro. En el planteamiento que hacemos de la espiritualidad, el compromiso está incluido. No es concebible una vida según el Espíritu de Dios en el seguimiento de Jesús sin la inversión de las mejores energías en la transformación de uno mismo, de las relaciones de micro y macro nivel según el espíritu de las bienaventuranzas.

El Papa Francisco no hace un tratado de espiritualidad. Quiere "encontrar palabras para alentar una etapa evangelizadora más fervorosa, la alegre, generosa, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa". Pero sabe que una evangelización con espíritu es una evangelización con Espíritu Santo. Por eso acude a los primeros cristianos, para buscar en ellos motivaciones porque ellos estuvieron "cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio, capaces de una gran resistencia activa" (263).

El encuentro con Jesucristo y la experiencia del amor recibido de él es la mejor motivación. Toda su vida, su forma de tratar a los pobres, las mujeres, a los enfermos, a las gentes de su sociedad, y la misma entrega final de su vida, nos muestran las necesidades más profundas de las personas, o lo que es lo mismo el Evangelio que anunciamos responde a ellas: todos hemos sido creados para amar y ser amados.

El Papa escribe unas páginas muy bellas que bien se puede decir que expresan su propia experiencia de relación con Jesucristo y nos dan una clave de lo que podríamos llamar su capacidad de anunciar el Evangelio a todos los pueblos, a todas las personas. Pues "cautivados por ese modelo, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría y no soporta identidad." (269)

Y la espiritualidad cristiana sólo se puede vivir como "pueblo" (268). "La misión dice Francisco es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo". No se

puede ser cristiano y mantener una prudente distancia de la miseria humana, es preciso entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conocer a y la fuerza de la ternura; al hacerlo vivimos la experiencia de ser pueblo. (cfr. 270)

La espiritualidad cristiana, la que lleva a evangelizar, se concreta y manifiesta en una forma de vida que incluye las relaciones humanas, la relación con el mundo que nos rodea y los modos de comprender la solidaridad, la justicia y el futuro. Es una forma de vida movida por el Espíritu de Dios, que nos hace conscientes de las personas con las que nos relacionamos, que se hace cotidiana en un discernimiento en las condiciones ordinarias de la vida cuando se busca encarnar el mensaje evangélico.

El Papa llega a decir que la misión en el corazón del pueblo es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme: "yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar" (273). Y cuando se vive así, con esa autoconciencia y visión de sí mismo, es entonces cuando "aparece la enfermedad de alma, el docente de alma, el político de alma, esos que han decidido a fondo ser por los demás y para los demás". Pues han sabido reconocer que "cada persona es digna de nuestra entrega" (274). Y alerta de una tentación: "Pero si uno separa la tarea por una parte y la propia privacidad por otra, todo se vuelve gris y estará permanentemente buscando reconocimientos o defendiendo sus propias necesidades. Dejará de ser pueblo.

La misión que describe el Papa resulta así una misión fascinante, que llena de alegría a quienes se entregan a ella.

Alcalá de Henares, 29 de marzo, 2014